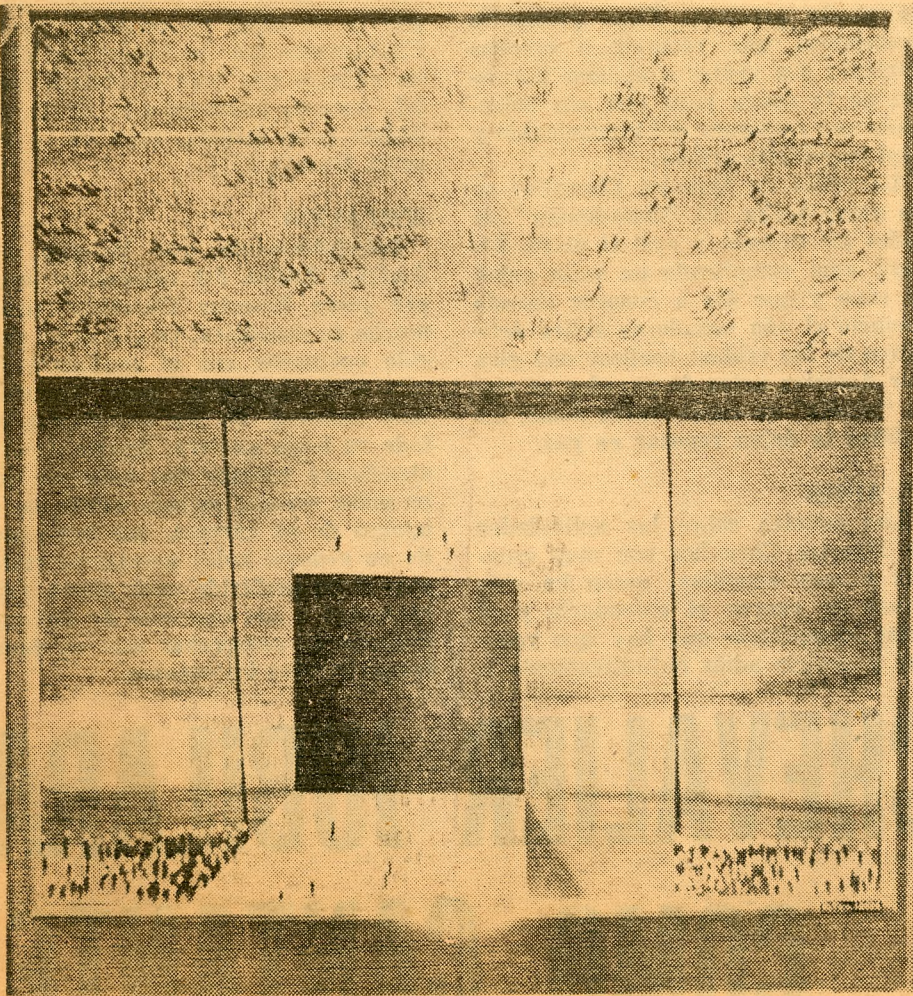


ES

ATERRICE EN NUEVA YORK

en un helicóptero llamado Nemesio Antúnez



¿ES ESTO? Un estadio visto en tres planos distintos. Hay algo extrahumano en la manera de enfocar la realidad yanqui.

- ☆ Los milagros que puede hacer la pintura.
- ☆ La ciudad hecha contra el hombre.
- ☆ Una urbe inaguantable y fascinante al mismo tiempo.
- ☆ Y todo esto visto por un chileno de lujo.

Una crónica de TITO MUNDT

Una ciudad no es un hacinamiento de edificios y de gente. Eso lo afirman las estadísticas y los expertos, pero no lo dice la realidad. Una urbe, una villa inmensa, una masa de paquídermos de acero, unas calles que ondulan como ríos perdidos y ciegos, unas plazas que hostezan cada 20 cuerdas y unas avenidas llenas de pájaros y de avisos luminosos, son parte de una ciudad, pero son la ciudad misma.

Para verla se necesita el ojo del artista que ve lo que los demás no ven. Y, además, un cariño fanático por ella para meterse bajo su piel y arrancarle el alma.

Eso es, justamente, lo que ha hecho un chileno.
Pero contemos toda la historia desde el comienzo al final.

Bigote me dice en la calle:
—¿Viste la exposición de Nemesio Antúnez en la galería de Carmen Waugh?
—No...
—Tienes que verla. Vamos inmediatamente a echarle un vistazo.
Y le dimos, justamente, un breve vistazo.
¿Para qué pasarse horas y horas ante los cuadros si lo grande es pescarlos al tiro, sobre la marcha y en la primera ojeada?
Porque así hay que ver las 30 telas del pintor chileno que está actualmente en Santiago. Siempre Nemesio llega por un tiempo, trae unos cuadros, habla en alguna comida y dice cosas sensacionales.

Y no hay nada mejor que ver sus felas sin entender una palabra de pintura y ser apenas un amateur en la materia.
¡LA NUEVA YORK!
Porque Santiago es justamente lo contrario del Nueva York que está en los cuadros. Y porque los santiaguinos necesitamos de vez en cuando salir mentalmente de esta ciudad chata y remontarnos hacia las estrellas.
Nueva York ha sido definido como la Babel del Siglo XX, como la ciudad del futuro, como la urbe ultramoderna.
Nadie lo ha visto mejor que el cine. Desde Orson Welles, en "El ciudadano", hasta "Seiva de cemento", la fabulosa isla de Man-

hattan y sus cubos de acero y cristal que trepan hacia el cielo a conversar en inglés con Dios, ha sido captada certeramente por la pantalla.

COMO LA HAN VISTO

En literatura, la cosa cambia. André Maurois era demasiado europeo, excesivamente medido y cauto y, además, francés para entender una cosa así.

Los rusos Ilif y Petrov, en "América de un piso", le vieron la cáscara, pero no fueron capaces de captar el temblor interno que anima a este bosque de cemento que se lanza hacia las nubes y le hace el quite a las estrellas.

García Lorca, que estuvo seis años antes de su muerte, conoció una Nueva York del año 30 que no tiene nada que ver con el gigante actual. Además era andaluz y poeta y no estaba hecho para este juego de fierro y cemento, a la sombra del cual se mueve una hilera ondulante de hormigas humanas que se llaman los habitantes de la ciudad.

John Dos Passos vio algo en "Manhattan Transfer". Era yanqui aparte de escritor y tenía la complejión atlética para comprender al Goliath de las ciudades. Leer su novela y más tarde "Paralelo 42", es sentir físicamente la marcha de las masas en la calle, el parpadeo de los focos y el paso lejano de los subways y de los elevados.

Carl Sandburg era una especie de poeta-boxeador que podía pescar lo que pasaba sobre la isla y cerca de las aguas del río Hudson. Y así lo dejó estampado en poemas célebres.

OTRO FRANCÉS

Paul Morand, periodista, novelista y viajero, llegó a Nueva York y nos dejó una serie de crónicas admirables que pintan la vida de la urbe, con aceite, petróleo y smog, en vez de tinta de imprenta. Se sale con los dedos manchados y la cabeza vacilante después de cerrar su libro. Nueva York está indudablemente visto allí, pero bajo la pupila excesivamente lógica de un francés...

Chaplin le tomó el pelo a una urbe que no quería y de la cual trataba de burlarse trágicamente y con una mueca de desengaño entre los labios.

Nueva York está en el teatro, pero antes que nada asoma, como decía, en el cine y ancla definitivamente en la pintura y en la foto.

Hace un año justo vi en el Museo de Arte Moderno que queda cerca de la Catedral de Saint Patrick, en que fue velado Bob Kennedy, un auténtico Nueva York captado por la cámara fotográfica.

Hay fotos que marean. El autor pone la película curva y la ciudad le sale tal como es con sus diez puentes tejendo hilos de acero sobre un cielo lleno de humo. Y los pedregales elefantes de los rascacielos durmiendo la siesta. La pupila del artista trepa por los edificios y se mete en los suburbios. El espectador, si tiene algo de sensibilidad aparte de los dólares turísticos y el pasaje de vuelta, tiene que oler la ciudad, sentir su acre perfume a hot-dog y a bencina quemada y darse cuenta de la salvaje belleza de Broadway, de la calle 36, de la gigantesca estatua de la Libertad; el edificio de Time y Life, el rascacielo de la Panam en que aterrizan como palomas mecánicas los ágiles helicópteros que vienen del aeródromo después de haber desfilado sobre la piel del mar.

Allí está la ciudad. Allí palpita y vive. Allí se le puede tocar y darle la mano... pero... Y AHORA UN CHILENO

Siempre las grandes cosas han comenzado con un "pero", con un milagroso e infaltable pero.

Pero nadie la había encerrado en un marco de madera, en la penumbra de una galería de arte como un chileno que no vive en ella, que no nació en ella y que no trabaja en ella.

Se trata de Nemesio Antúnez, agregado cultural (y de lujo) de la Embajada de Chile en Estados Unidos, que vive generalmente en Washington, pero que va a Nueva York para sentirlo en forma torrencial y terrible. Como debe sentir justamente un artista.

El mismo Nemesio le dice:
—Estoy pasando por un período delirante. Una actitud delirante. Es que Nueva York me

pone así. Hay gente que no le gusta Nueva York y que sale arrancando. A mí, al contrario, me entusiasma, no tanto por ir a los museos, sino porque me dan ganas de hacer cosas.

—¿Qué?

—Pintar, caminar, vagar, vivir. Respirar el aire de la madrugada y de la noche. Escalar con los ojos los cien pisos del Empire Building y meterse de cabeza en el socavón del subway. Andar en lancha por la bahía. Tenderse sobre la arena de la costa salpicada de botellas rotas y de palomas muertas. Perderse entre las ardillas de Central Park y ver a los negros color betún que decoran tristemente los tugurios de Harlem. Pasar por la Quinta Avenida entre maniqués de cera, muertos en las vitrinas, y transpirar junto a la multitud a las 12 del día en Times Square.

En una palabra, meterse hasta las cejas en el alma de una ciudad.

ELLA Y LOS DEMAS

Porque París será más bonito. Tokio, más grande. Londres, más pintoresco y Madrid, más íntimo, pero en Nueva York hay algo que no tiene nadie y que se llama simplemente VIDA. Así. Con mayúscula. Y junto a la vida, un tipo de existencia que hace decir a la mayoría de los 12 millones de seres que trabajan, pero que no viven en ella:

—No hay como Nueva York para un momento... Pero vivir en ella es imposible.

—Recuerdo que hace justamente doce meses, cuando llegué con mi mujer en taxi hasta los alrededores de la ciudad y estallaron bruscamente los rascacielos detrás del último recodo del túnel, me dijo:

—Tengo miedo... Esto da pavor...

Y la comprendí. Nueva York no es para todo el mundo. Debía tener letreros que dijeran: "Ciudad sólo para menores de 30 años, dispuestos a entregar el pellejo para triunfar en ella". No es una ciudad fácil ni amable. Ni menos bien educada. Es la urbe de la ambición desatada y de la guerra a muerte por escalar un puesto dejando una estela de cadáveres en el camino. O una larga huella de huesos reventados de los posibles competidores.

TERROR FASCINANTE

Y lo terrible es que esta ciudad fascina, pero asusta. Produce una mezcla de admiración con asco. Los amaneceres de la calle 40 son los más tristes del mundo. El verano es infernal. En invierno la nieve es sucia. Durante todo el año, los neoyorquinos no ven casi el sol que está escondido como una bandera a media asta sobre la última terraza de un rascacielos. Tiene record de incendios y de muertes violentas. Hay más muertos por accidente durante un año que en una semana de guerra en Vietnam. Los blancos odian a los negros y los negros a los blancos. Mientras Park Avenue es casi Europa, pero forrada de dólares y de visones salvajes y de pieles de chinchilla, en Green Village y sobre todo en Boverly, los borrachos y los suicidas no dejan pasar los autos.

En Nueva York se hablan todos los idiomas... menos el inglés... El slang que se escucha en la calle tiene tanto que ver con Londres como Al Capone con el Arzobispo de Canterbury. No se habla. Se grita, se ladra y se escapa.

LO QUE TIENE ADENTRO

Se calcula que si una persona se desmaya en Broadway a la hora de mayor tránsito, el público la revienta y pasa sobre ella sin darse cuenta. En Times Square se hablan más lenguas extranjeras que en la vecina fosforescente de cristal de las Naciones Unidas. Hay más italianos que en Roma, más puertorriqueños que en toda la isla; más judíos que en Jerusalén y más irlandeses que en Dublín.

¿Qué más? Y sobre todo, ¿por qué decimos estas cosas? Porque justamente ha sido el chileno Nemesio Antúnez el que ha visto esto como nadie. Yo conocí antes sus bicicletas, sus manteles cuadrículados, sus ventanitas. Conocía sus objetos muertos aparentemente, pero llenos de una vida lineal y casi geométrica.

No me gusta su cuadro que regaló Chile a las Naciones Unidas y que se alza victoriosamente en el hall central con toda la trágica majestad de los Andes y el amanecer de América.



ANTÚNEZ, EN UNA CARICATURA DE JIMMY SCOTT.

No me había detenido mucho ante las telas que traía puntualmente de sus viajes y que anclaba en alguna galería. Apenas lo conozco de vista. No pertenezco a su círculo y menos soy uno de esos hinchas fanáticos que elevan los ojos al cielo aclamando místicamente el nombre del "maestro".

No. Justamente, soy todo lo contrario. Soy un periodista que también ama a Nueva York y que podría vivir perfectamente en ella.

Los de Nemesio ni de mí, ni de Antúnez.

SI NUEVA YORK HABLARA...

La exposición se llama "Nueva York 19050" y creo sinceramente que si la ciudad tuviera ojos, cara, boca, cerebro, piernas y brazos, diría:

—Es la primera vez que me sacan parecida...

Y que conste que no se trata de semejanzas de máquina fotográfica o de cámara de cine. No, señor. Ahí está lo grande. No está la ciudad muerta y desmayada sobre la pared. Lo notable es que está viva y en movimiento.

Veo sus canchas de básquetbol, sus prados millarmente iguales, sus calles vacías y tristes, sus rascacielos sin ventanas y muertos como paquidermos caídos hace muchos siglos; sus carreteras aéreas, sus caminos de asfalto en que corre la carretera a través del espejo retrovisor de un auto en marcha. La veo de día y de noche. Con cielo y sin él. Con más edificios que gente, o con más masas que edificios. Y antes que nada, la veo sola, fantasmal y cadavérica. Como realmente es.

COMO LA PINTO

Antúnez no trató de meter la ciudad en la tela ni vestirla de azules, rojos, grises o negros. No la extrajo de la paleta ni de los potes de pintura. Fue la ciudad la que entró por la ventana del artista, le puso los pinceles en la mano y lo sentó frente a la tela en blanco para decirle, secamente:

—¡Píntame!

Y Nemesio la pintó. La pintó con su terrible ausencia de belleza, que es su verdadera belleza. Con su falta de proporciones y de equilibrio que la hace justamente clásica. Hecha contra el hombre y no en favor del hombre. Vertical y no tendida muelle y románticamente. Enhiesta como una lanza, como una bandera, como una protesta. Y hasta con olor. El olor a sudor y a petróleo podrido que se lleva en las narices cuando se abandona la galería de Carmen Waugh.

Bigote tenía razón. Había que verla. El mismo cuando salió de ella, me dijo:

—Me voy a comprar pintura. Siento lo mismo que Antúnez. Esto da ganas de hacer cosas.

Y partió a alzar su banquillo y a desplegar jugosamente la pintura sobre la tela.

—Y, a lo mejor, yo hago lo mismo. El milagro lo hizo este desfile de fantasmas degollados, sin ventanas ni ojos, que se llama Nueva York y que está ardiendo en estos momentos en el centro de una ciudad burguesa y provinciana llamada Santiago de Chile, en la que lo único grave que pasa... es que no pasa absolutamente nada...

Checos quieren revolución en libertad

Por René Olivares.

"DIE ZEIT", de Alemania Federal comentando la crisis checoslovaca dijo: "Después de la Segunda Guerra Mundial, nosotros conocimos la comunización de los Balcanes. Hoy conocemos la balcanización del comunismo".

En este aparente juego de palabras hay una gran realidad histórica. Se habla de "balcanización" para señalar la división en pequeñas partículas de un todo. En la historia de la política mundial los Balcanes han sido símbolo de esa desunión y de esa atomización. Seguramente "Die Zeit" ignora que los africanos pusieron en circulación el término "latinoamericanización" para señalar cómo un grupo homogéneo racial, lingüístico, religioso y económico puede mantenerse desunido y rivalizando.

La "balcanización del comunismo" significa la aparición de diversos tipos de comunismos. En el futuro se hablará de un comunismo "a la manera de" la Unión Soviética, o de Albania, o de China, o de Cuba o... de Checoslovaquia.

Este pequeño país es casi siete veces menor que Chile y tiene catorce millones de habitantes. Para muchos parece como un "puzzle" resuelto después de la Primera Guerra Mundial uniéndose a bohemios, moravios, eslovenos, silesianos, etc. Pero la verdad es que esta antigua provincia del Imperio austro-húngaro exhibe una unidad racial envidiable en Europa y en cualquier parte del mundo: el 94 por ciento de sus habitantes son eslavos. Metido este país como una cuña entre Alemania, Polonia, Austria y Hungría con una corta frontera con la Unión Soviética, los historiadores dicen que sus principales problemas nacen de ser una cuña

eslava en un mundo germánico.

De lo único que podemos estar ciertos los chilenos es que Checoslovaquia, cuya bandera tiene los mismos colores que la nuestra, blanco, azul y rojo, no confían en nadie, como no sea en ellos mismos.

EL RECUERDO DE MUNICH

En octubre de 1938 Neville Chamberlain y Daladier, Primer Ministro de Gran Bretaña y de Francia, respectivamente, viajaron hasta la ciudad bávara de Munich para conferenciar con Adolf Hitler sobre el grave problema de Checoslovaquia. En el antiguo aeropuerto de Munich se conservaba hasta hace poco, yo tuve la suerte de verla, la enorme águila con sus alas desplegadas que sostenía en sus garras un círculo de laureles dentro del cual se observaban las picaduras de martillos y cincelos que borrarán la cruz swástica. Esa insignia del poder nazi fue hecha para impresionar a los dos estadistas europeos que fueron a Munich a tratar infructuosamente de calmar el apetito nazi entregándole una presa: el territorio ocupado por las "minorías" alemanas en Checoslovaquia: los sudetes. En pocos días más tarde ocupó totalmente el territorio checo y lo anexó a Alemania, sin que hubiese otra cosa que protestas románticas.

Fue la dura lección de los checos.

Pero tendrían que afrontar pruebas mayores. Fue en Checoslovaquia donde los nazis ejercieron la más cruel de las represalias. Por haber sido asesinado al "protector" de Moravia, Reinhard Heydrich, la ciudad de Lidice fue incinerada y sus cenizas aventadas a los cuatro costados. Todos sus hombres, incluso los niños,



ALEXANDER DUBCEK TIENE ganada la batalla.

fueron fusilados.

El terror pardo se desató sobre Checoslovaquia más que sobre ningún otro territorio ocupado.

La lucha de la resistencia checa fue inmensa y cruenta. ELIGIO LA LIBERTAD

El 9 de mayo de 1945 el Ejército Rojo dirigido por el famoso mariscal Malinovsky entró a Praga, ciudad donde se combatía arduosamente. El Presidente Eduardo Benes, que había renunciado al ceder Chamberlain y Daladier a las aspiraciones nazis, fue elegido nuevamente Primer Mandatario de Checoslovaquia. Durante nueve días los nazis resistieron en la hermosa ciudad de Praga, una de las joyas de Europa.

El 26 de mayo de 1946 el pueblo checo es llamado a las urnas para elegir a los 300 diputados de su Asamblea General. El Partido Comunista obtiene el 40 por ciento de los sufragios. El Presidente Eduardo Benes llama al líder comunista Klement Gotwald y le pide que organice el gabinete. Desde entonces, Checoslovaquia entra en la órbita rusa y se sitúa tras la cortina de hierro.

Pero si el Partido Comunista consiguió el 40 por ciento de los sufragios, el resto tenía una abierta y clara determinación democrática, aunque estuviesen divididos en matices. Por ejemplo, en Checoslovaquia el Partido Democrático, de inspiración católica, totalizó el 61 por ciento de los votos. En otras regiones los comunistas una vez más unidos con los socialdemócratas y los laboristas lograron esa enorme mayoría.

La muerte de Eduardo Benes fue el más rudo golpe que pudo sufrir la democracia checoslovaca. Desde aquel entonces, los checos se entregaron a la marea soviética hasta que surgió el líder Alexander Dubcek.

Los checos le consideran un heredero de Benes. REVOLUCION EN LIBERTAD

Todos los observadores internacionales que han escrito sobre el problema checo señalan un hecho: mientras todo el mundo estaba preocupada en 1967 del Medio Oriente y más aún, del problema de Oriente a través de Corea y Vietnam, este 1968 nos ha señalado el camino de Checoslovaquia.

La gente se preguntaba en este verano europeo y chileno, porque por primera vez estamos a la par chilenos y europeos en materia de climas, si Checoslovaquia iba a sufrir la suerte de Hungría.

La revista "Time" señaló en su reciente edición del 26 de julio que en Checoslovaquia había dieciséis mil soldados rusos apertrechados para una guerra relámpago y total. Muchos menos entraron en Budapest para sofocar violentamente un alzamiento semejante.

Semejante hasta por ahí no más, dicen los observadores. En primer lugar, hay que establecer las diferencias: en Hungría una inmensa masa popular se mantuvo al margen de la resistencia. Los que lucharon contra la dominación soviética fueron una minoría combatiente. Además, los que luchaban querían sacar a Hungría del mapa soviético y pasarlo al mapa occidental. Intervenían factores religiosos a través del Cardenal Mindszenty y extranjeros a través de los Estados Unidos. En Checoslovaquia no existen estas interferencias. Los checos quieren seguir siendo un país socialista, quieren seguir siendo miembros del Pacto de Varsovia (la versión roja de la OTAN), pero quieren ser una individualidad. Ellos quieren conjugar una fórmula que a muchos nos resulta un cuento de Callejas: los cambios en libertad.

Se puede ser socialista y vivir en libertad. Para realizar la revolución no hay por qué pagar un precio tan subido como la libertad.

DUBCEK TIENE GANADA LA PELEA

En estos instantes en que la guerra fría ha quedado empaquetada, en que existen tantos matices de comunismo, en que un país tan profundamente hispánico como Cuba se metió en el juego con su propio "comunismo", la Unión Soviética no está dispuesta a correr el desprestigio de una agresión contra ese pequeño y valeroso país cuya bandera tiene los mismos colores que la nuestra.

En otras palabras, Alexander Dubcek tiene ganada su batalla.

Y lo que se conversó en un vagón de ferrocarril en la hermosa aldea de Cierna Nad Tisou en el tránsito entre la URSS y Checoslovaquia fue no sólo. Los rusos enviaron a su Buró Político y los checos, a su Presidium del Comité Central.

La salida de las tropas rusas es señal inequívoca que Alexander Dubcek tiene ganada la partida.



EL PUEBLO LLORO CON DESESPERACION la muerte del Presidente Eduardo Benes. Después, se entregó a los rusos.